



# Mi vida al límite

**Reinhold Messner**

Desde el principio, Reinhold Messner, el hombre que ha revolucionado el alpinismo y la escalada, fue más lejos que los demás, y a lo largo de su vida no ha parado de romper tabúes. Ha sido el primer ser humano en coronar el Everest en solitario y sin oxígeno, y en subir los catorce ochomiles. En treinta años de actividad alpinística puntera llevó a cabo casi 2000 ascensiones de alto nivel. Después se dedicó a atravesar las grandes llanuras y recorrió a pie los mayores desiertos de hielo y arena de la Tierra. Tras su etapa de europarlamentario, en la actualidad está dando vida a un ambicioso proyecto museístico, que él mismo dirige.

Pero ¿qué fuerza impulsa a este gran triunfador? ¿Cuál es su filosofía? ¿Y de dónde saca la energía y la imaginación para reinventarse una y otra vez? Reinhold Messner responde a las preguntas clave sobre su vida y habla sobre su tierra, su mujer y sus hijos, sobre la amistad y el egoísmo, sobre la moral burguesa, sobre el fracaso y su instinto para tomar casi siempre el camino correcto.

*Mi vida al límite* es la primera autobiografía completa de Reinhold Messner: todo sobre su vida, sus éxitos, su familia y su filosofía. Thomas Huetlin, reportero del semanario alemán *Der Spiegel*, le plantea de manera crítica y directa las preguntas decisivas sobre su «vida al límite».

CAPÍTULO I

**DESAFÍO A LA GRAVEDAD**

1949-1969

*Escalada en roca: el joven Reinhold Messner en las Cinque Torri (Cinco Torres), en los Dolomitas (1965).*

*Las ideas que merecen la pena no se han de comprender, sino de vivir.*

Conde HARRY KESSLER,  
mayo de 1896

## INFANCIA EN LA ROCA

*H*asta donde alcanza mi memoria, soy escalador. Pero no sólo escalaba las paredes del macizo del Odle en mi tierra natal, los bloques de roca enormes en la linde del bosque, las fachadas de los edificios en ruina y, en el recreo, el muro del cementerio. Sobre todo escalaba en mi imaginación. Con la mente siempre un poco por delante de mi capacidad, escalaba paredes rocosas cada vez más inclinadas, hasta que llegó un momento en el que nada me parecía imposible en el terreno de las verticales. Al final conseguí realizar primeras ascensiones en serie: en las paredes más altas de los Dolomitas, el Eiger, el Kilimanjaro y el Aconcagua.

También iba a la escuela y ayudaba en casa, como todos los hermanos, a sacar adelante la granja avícola, que les permitía a mis padres criar a nueve hijos. Mi padre era maestro del pueblo y también mi primer maestro en la roca, pero con diez o doce años ya le ganaba escalando y poco después Günther, mi hermano menor, y yo conquistamos un reino que ya sólo nos pertenecía a nosotros.

Fue en los últimos años de colegio cuando me di cuenta de que para mí el camino al conocimiento no pasaba por bibliotecas y profesores, por universidades y estudios. Mi camino era la vida y la vivencia de la realidad. Podía aprender mucho, tomar prestadas experiencias de segunda mano, pero nada igualaría mis propias vivencias en la naturale-

za salvaje. Todo lo que sé en materia social, científica o religiosa se basa en experiencias que he vivido yo mismo.

Ése es uno de los motivos por los que después siempre me obligaba a acometer la siguiente expedición, a emprender un nuevo viaje. Cuántas veces me he dicho mientras estaba en marcha: ¡ya basta! Sin embargo, unas semanas más tarde, cuando ya me había olvidado de las fatigas, de las preocupaciones y del tormento, empezaba a soñar con nuevos retos, a planear una nueva ruta de escalada. Pronto, ya estaba otra vez en marcha, y otra vez se presentaba el peligro. Nunca quise jugarme el todo por el todo, pero sabía que si un día dejara de soñar, de viajar, me haría mayor y me desesperaría.

Era mediodía, y estábamos sentados los cuatro en la cresta del monte Seceda, en el macizo del Odle: mi padre, dos de mis hermanos y yo. Ante nosotros, la Piccola Fermeda. Con la claridad del sol, la cara sur parecía inclinada, pero estructurada, y la vía de ascenso, lógica. Como pelotas de algodón, colgaban un par de cúmulos sobre los Dolomitas surorientales, cuyas cúspides sobresalían por encima de la meseta del monte Puez. Por tanto, continuaría el buen tiempo.

No eran sólo la curiosidad o las ganas de hacer travesuras las que me obligaban a contemplar sin cesar la pared que se alzaba ante nosotros, era algo más. Quizás se podría calificar como un deseo de medirme con ella. Como mi padre no tenía nada en contra, me puse en marcha, solo y sin cuerda. Fui un poco hacia abajo por una repisa, para después subir en diagonal hacia la derecha. Al principio la roca, áspera y bastante uniforme, no era especialmente escarpada, pero debajo de mí la pared descendía en vertical. Yo no miraba hacia abajo, sino a la pared que tenía delante, por la que iba subiendo de agarre en agarre y de apoyo en apoyo. Eso era justo lo que quería hacer: escalar sin mirar a

*mi alrededor, hacer caso a mi instinto, encontrar por mí mismo el camino. Estaba orgulloso de ello. Mientras tanto había llegado al punto clave y examinaba con atención la pared vertical que se alzaba por encima de mí. Después de buscar con la vista una secuencia de agarres y apoyos, comencé a escalar. Me olvidé de todo, incluso de mí mismo, era todo movimiento. Quizás vacilé un instante y miré al abismo que se abría a mis pies para perderse trescientos metros más abajo en el verde de los pastos alpinos. Pasados unos metros, la escalada volvió a ser más fácil, y poco después me erguía cuidadosamente en la cumbre sur. Seguí por roca descompuesta hasta la cima principal, desde donde vi al norte la pradera de Gschmagenhart, punto de partida de nuestra ruta esa mañana. Al sur, delante de mí, tenía todos los picos famosos de los Dolomitas, desde el Sassolungo hasta el Sass Songher, detrás Marmolada, monte Pelmo y Civetta.*

*Escalar era para mí más que un deporte: entrañaba peligro y dificultades, riesgo y aventura. Escalar una gran pared significaba exponerse por completo, seguir un misterio, refugiarse durante un par de días en uno mismo. La escalada tiene que ver con la libertad de acción, con la libertad de emprender algo que escapa a toda regla, con la posibilidad de acumular experiencias, de extraer conclusiones sobre la naturaleza humana, aunque siempre hay más de una respuesta a la misma pregunta y más de una historia para el mismo suceso. En mi opinión, en la escalada la imaginación es más importante que los músculos o el desprecio por la muerte. Es más valiosa que la tecnología, y la superación del hombre, más importante que contar con estribos en todas partes. Nuestro tesoro se encuentra en la capacidad de visualización, no en los tramos de escalada asegurados. Se trata, por tanto, de asegurar la diversidad de posibilidades y no cada metro de roca.*

- H. Usted creció en Villnöss, un valle hasta ahora casi intacto del Tirol del Sur, al pie del macizo del Odle. ¿Quién estaba en la cúspide de la jerarquía en ese cosmos intacto, Dios?
- M. No, el individuo más poderoso del pueblo era el campesino con más tierras. Después estaba el cura, un señor venerable al que todos respetábamos. Mi padre era maestro y a la vez el director de la escuela del valle.
- H. ¿Por qué se dedicaba su padre además a la cría de conejos?
- M. Éramos nueve hermanos y mi padre necesitaba una segunda fuente de ingresos. Mi madre les cortaba el pelo a los conejos y vendía la lana de angora. También sacrificábamos algunos, pero los cincuenta, sesenta conejos significaban para nosotros sobre todo lana, una lana de angora muy preciada.
- H. Además, poco tiempo después tuvieron una granja avícola.
- M. Al final teníamos miles de pollos. Distribuíamos polluelos y pollas en todo el Tirol del Sur. Todos, incluidos los niños, teníamos que colaborar. Con seis años empecé a trabajar en la granja.
- H. ¿Cuántas horas?
- M. En el verano seis, siete, ocho horas.
- H. ¿Al día?
- M. Sí. Mi padre no habría podido sustentarnos sólo con el sueldo de maestro. Además, con el trabajo que nos mandaba tenía dos intenciones. En primer lugar, quería que nosotros, los hijos del maestro, no gozáramos de una situación privilegiada en el valle. Todos los niños del valle tenían que trabajar. Andar correteando y jugando por ahí y poder permitirse el no hacer nada se consideraba inmoral. Los hijos de los campesinos tenían que ir al establo, cuidar de los animales, segar los cereales y

acarrear el heno, así que nosotros también teníamos que echar una mano en el gallinero. En segundo lugar, con eso evitaba que anduviéramos en la calle, expuestos a cualquier posible vicio.

H. En la película de fútbol *El milagro de Berna* se mata un conejo para la comida del domingo. Cuando el joven se entera, se viene abajo. ¿Tenía usted una relación similar con los animales o veía en ellos más bien una fuente de provecho?

M. Yo solo, cuando era pequeño, con diez años, llegaba a matar y pelar los sábados hasta cincuenta pollos. La madre de la señora Degani, del hotel Kabis, también tenía, y nos llamaba cuando les hacía pollo a los clientes. «Muchachos —decía— ayudadme a pelar los pollos». Los matábamos y pelábamos como si fueran los deberes del colegio, también en casa del cura.

H. ¿Cómo se mata un pollo? ¿Cortándole la cabeza?

M. Nosotros teníamos nuestro propio método, el que nos enseñó mi padre. Se le da un golpe en la sien, justo por encima del ojo derecho, con una tijera grande, una tijera de sastre, de manera que queda inconsciente. Es muy sencillo. Primero se agarra al pollo —todavía hoy lo hago con la misma facilidad con la que cojo un lápiz— y se le sujeta bien bajo el brazo izquierdo para que no se mueva. No, el pollo no tiene miedo, todo es tan normal, no le hago nada. Le agarro la cabeza con la mano y entre los dos dedos le doy un golpe seco en la sien con la tijera. En ese momento pierde el conocimiento, no siente nada. Entonces le abro el pico con los dos dedos y le corto las dos arterias del paladar. Sólo hace falta un corte, porque se nota perfectamente dónde está la parte blanda del paladar. Se desangra del todo, la sangre fluye hacia abajo sin que el pollo se mueva mucho, puesto que todavía está aturdido; al final se menea un poco, se agita, y se acabó. Pero si se le corta la cabeza con un hacha, sale dando saltos sin cabeza.

- H. Usted rechaza ese método, ¿no es así?
- M. Sí, porque no es profesional, es terrible. No puedo mirar, demuestra muy poca destreza.
- H. Por lo que se ve, por entonces ya era perfeccionista. ¿Cuánto tiempo tardaba en pelar un pollo?
- M. Cuando todavía está caliente, entre diez y quince minutos. Sé perfectamente dónde tengo que poner más cuidado para que la piel no se desgarre. De todas formas, no se hace igual de rápido todos los días.
- 
- H. Después de la Segunda Guerra Mundial, el Tirol del Sur siguió perteneciendo a Italia, pero la mayoría de los tiroleños odiaba a los italianos, sentían que estaban bajo dominación extranjera. ¿Cómo percibió de niño esta situación?
- M. En los años cincuenta existía una fuerte tendencia antiitaliana, que por otra parte era comprensible. En los años treinta, durante el fascismo italiano, se nos oprimió e italianizó. En Roma se pensaba: «Dentro de cincuenta años hablarán todos italiano en el Tirol del Sur, y entonces ya no habrá tiroleños alemanes». Las escuelas también eran exclusivamente italianas. Imagínese: con doce años te mandan de la noche a la mañana a un colegio italiano y el maestro no habla una palabra de alemán. Muchas personas se vinieron abajo, la gente ignoraba por completo lo que le estaba pasando. Y se sentían tratados tan mal, que, cuando en 1939 Hitler y Mussolini plantearon la posibilidad de que los tiroleños del sur votaran si querían quedarse en el país o emigrar al Tercer Reich, el 86 por ciento votaron a favor de la emigración; casi todos los trabajadores, muchísimos campesinos que tenían aquí su patria, sus posesiones, sus granjas, y para los que la patria lo era todo, votaron por Alemania.

- H. Suena como si usted todavía sintiera simpatía por aquel lema alemán del «Heim ins Reich» («De vuelta a casa en el reich»).
- M. Al contrario. Uno de los primeros escándalos que provoqué en el Tirol surgió porque afirmé que eso había sido como una traición a la patria. Comprendo a la gente sencilla, pero no a los líderes políticos de entonces. Los que decidieron quedarse —los *dableiber*, como se los denominó— fueron una minoría muy pequeña, el bajo clero, por ejemplo. No todos se marcharon entonces con el obispo. Pero la mayoría se dijo: «Preferimos dejar esta tierra, que fue nuestra patria durante un milenio, antes que permanecer bajo el dominio de Italia. La verdadera patria es ahora la Alemania de Hitler, así como la identidad alemana». Por último, querían darle una alegría al *führer* uniéndose a ser posible al cien por cien. De algún modo también existía la esperanza de que con ello no se produjera la emigración, aunque Hitler había escrito en *Mi lucha* que el Tirol del Sur no le importaba en absoluto. El eje Berlín-Roma le interesaba mucho más que este Tirol germanoparlante. Tanto cinismo, tanta ingenuidad...
- H. ¿Estaba su padre entre los que entonces votaron por irse?
- M. Sí, y contaba con que nos asentaran en los Cárpatos, en la península de Crimea o donde fuera. Lo del desplazamiento fue hasta el final una historia confusa. Se le hicieron a la gente muchas promesas, pero ninguna se cumplió. Los que se marchaban eran distribuidos en asentamientos provisionales. Se midieron todas las fincas agrícolas y se le dijo a la gente que les darían una parecida a la que tenían allí. Se hablaba del tema, también en la esfera pública. Se hacía mucha propaganda: los viticultores van a Crimea, los ganaderos seguramente a los Cárpatos.

H. Por tanto, su padre estaba de acuerdo en hacer a otras personas justo lo mismo que él padecía: quitarles su tierra, destruir su cultura, oprimir a la gente.

M. En el verano de 1939, algunos líderes políticos del Tirol del Sur viajaron en secreto a Berlín para hablar con el *führer*. No se les dio una cita, pero sí información. Se les permitió entrevistarse con Himmler y le preguntaron:

—¿Qué pasará con nosotros si votamos a favor del *führer*? Parece ser que Himmler les dijo:

—Iréis a los Cárpatos o a Crimea como un pueblo unitario. Diez años después de la guerra, mi padre me dio un libro juvenil que trataba sobre la caza del oso en los Cárpatos, y me dijo:

—Léelo. Allí estaríamos ahora si las cosas hubieran sucedido de otra forma. Es muy interesante, porque allí también hay montañas.

De manera que los Cárpatos serían las montañas en las que viviríamos ahora si la historia hubiera sido otra. A los tirolese del sur les gusta hablar mucho de su amor a la patria, como si ésta fuera su bien más preciado, su punto fuerte. Pero en aquel momento, en 1939, se habrían marchado casi todos. Hasta hoy no he conseguido explicarme esa actitud, y el término *patria* me resulta sospechoso.

H. ¿En qué notaba de pequeño que en su casa se tendía al nacionalismo alemán?

M. Sólo hay que ver nuestros nombres. Me llamo Reinhold porque este nombre no se puede italianizar. Mi hermano mayor se llama Helmut por el mismo motivo y mi hermana, Waltraud; Günther, Erich, Siegfried, Hubert, Hansjörg, Werner... En nuestra familia no había ningún Josef, porque los fascistas italianos habrían hecho de él enseguida un Giuseppe.

H. ¿Habló después con su padre sobre esta germanomanía?

M. En este tema siempre me paraban los pies.

H. ¿De qué manera?

M. Los hermanos mayores teníamos preguntas, como es lógico, pero mi padre se callaba y mi madre decía:

—Dejadlo ya, que no se repita.

Y luego, cuando él no estaba, nos decía:

—Tenéis que entenderlo, no habléis nunca de ese asunto. No lo soporta. Ni de la guerra, ni del régimen nazi, ni de la persecución de los judíos.

H. ¿Cuándo fue consciente de que existió algo como el Holocausto?

M. Con quince años quizás. Antes no tenía la menor idea de que se hubiera asesinado a judíos. No obstante, en el pueblo se cantaban todavía las canciones de la Wehrmacht, las fuerzas armadas alemanas, canciones cuyo estribillo decía: «En Jerusalén, en la estación, se ven judíos». Lo oí de pequeño en un mesón y pregunté en casa:

—¿Qué es lo que cantan?

Mi padre sólo respondió:

—¡Ya basta de tonterías!

Y yo no entendía por qué se enfadaba. No es más que una canción que se canta por ahí. No sabía lo que eran los judíos. Pero ¿qué es lo que le pasa?, pensaba.

H. ¿Por qué cree que su padre le dio carpetazo a su pasado de tal manera? ¿Puede ser que se avergonzara de los escándalos del nacionalsocialismo? ¿Estaba amargado?

M. Tenía la impresión de haber malgastado su juventud. Pero no quería reconocer que con esa guerra había renunciado también a sus ideales. Antes de la guerra era seminarista, escalaba, y ahora volvía a casa con 28 años, vacío, decepcionado, sin esperanza. Se hizo maestro porque necesitaba un trabajo. Fue después cuando pasó a ser su profesión. Esta oportunidad la tuvieron todos los que habían ido al instituto. Se necesitaban profesores de alemán. La escuela alemana ya no se volvió a cerrar después de la guerra, aunque seguíamos pertene-

ciendo a Italia. Como maestro, mi padre fue autodidacta, muy brillante en sus explicaciones, pero seguro que poco pedagógico.

H. ¿Cómo pudo soportar su madre a ese hombre estricto y sombrío?

M. No lo sé, no le quedaba más remedio y siguió con él.

H. En muchos aspectos parece que ella era justo el polo opuesto de su padre.

M. Se llamaba María, tenía el pelo oscuro y el encanto de una *madonna*.

H. ¿De qué color tenía los ojos?

M. ¿Azulados? No sé. Es raro que no me acuerde ahora. En cualquier caso no tan azules como mis hermanos y yo.

H. ¿Qué es lo que ve cuando piensa en su madre?

M. Que siempre estaba ahí y resolvía todos los problemas. Era la figura fuerte de la familia. Siempre estaba ahí para todos, yo veía su altruismo como algo natural. Además nunca se le acababa la paciencia. Todavía no me explico cómo le daba tiempo a todo.

H. ¿Se acuerda de que le gritara alguna vez?

M. No. No, mi madre pocas veces me gritaba.

H. ¿En qué quedamos?

M. Era muy cariñosa, el contrapunto de ese padre severo e infeliz. Cuando uno de los muchachos se metía en un lío —mi hermana era muy buena—, ella siempre salvaba la situación. A mi hermano Hubert lo echaron del instituto por leer en el dormitorio una historia de Heine, su viaje a Italia pasando por el Tirol del Sur, esa perversa descripción de la ciudad de Brixen (Bressanone). ¡Con lo bonita y lo acertada que es! Mi padre se puso furioso y dijo:

—Bueno, si el muchacho es tan tonto, pues tendrá que aprender un oficio o ponerse a trabajar en una granja. Se acabaron los estudios.

Pero mi madre le buscó al día siguiente otra plaza en un instituto. Fue a Merano y habló con un director, que dicho sea de paso era un excamarada de mi padre, un amigo de colegio. Mi padre no fue con mi madre a Merano. Ella le consiguió una plaza allí, Hubert la aceptó y después fue a la universidad. Hoy es un prestigioso médico.

H. ¿Necesitó usted también la ayuda de su madre?

M. Sí, desde siempre he sido una persona revolucionaria y he tenido problemas con que me dieran órdenes los demás, incluso mi padre. Fui el primero en rebelarme contra él. Por eso discutíamos a menudo, y mi madre después lo resolvía como podía. Si no, mi padre me habría matado.

H. Pónganos un ejemplo.

M. Ya en la granja avícola, cuando no acababa lo que me mandaba y en lugar de eso me iba a esquiar. Luego estaba mi afición a la escalada, que comenzó a los cinco años, cuando subí por primera vez al Sass Rigais. Al principio mi padre me apoyaba, pero pronto se echó atrás y empezó a restringirme las salidas, probablemente porque se dio cuenta de que escalaba con gran entusiasmo, y nada debía degenerar en entusiasmo. Teníamos derecho a hacer de todo, pero sólo como lo hacía la gente de bien, sólo como se aceptaba en el pueblo. Una vez en la iglesia, cuando el cura dijo un disparate desde el púlpito, los hermanos mayores nos levantamos sin más en medio del sermón y salimos por el pasillo central con las botas claveteadas, en señal de protesta, para demostrar que no estábamos dispuestos a aceptar cualquier disparate.

H. ¿Contra qué *disparate* se rebelaron?

M. Ya no me acuerdo, pero en casa hubo una bronca terrible. Mi madre dijo:

—Venga, deja a los muchachos, no pasa nada.